

LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA NORTEAMERICANOS DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO

(PEARL HARBOR. RESPONSABILIDADES)

Ángel L. DÍAZ DEL RÍO MARTÍNEZ



El día de la infamia



El 26 de noviembre de 1941 una poderosa fuerza naval —la *Kido Butai*—, constituida por seis portaaviones —en la que se encontraba embarcada la Primera Flota Aérea—, dos acorazados, tres cruceros, nueve destructores y tres submarinos, se hacía a la mar desde las islas Kuriles, para, con el máximo secreto y navegando por las altas latitudes del Pacífico norte, dirigirse a Pearl Harbor, en la isla de Oahu (Hawai).

A las 0600 horas del domingo día 7 de diciembre de 1941 —«el día de la infamia»— la *Kido Butai*, mandada por el vicealmirante Nagumo, que enarbolaba su insignia en el portaaviones *Akagi*, se hallaba a 230 millas al norte de Oahu. Al amanecer, Nagumo lanzaba 350 aviones al ataque, en dos oleadas, que alcanzaban la isla a las 0755 y 0850 horas, respectivamente. Sus aviones torpederos y los bombarderos en picado y de alta cota, con su acompañamiento de cazas, iban a sembrar, poco después, la destrucción y la muerte en una isla cogida totalmente desprevenida, que se disponía a disfrutar de un soleado y apacible día de domingo. El resultado de la catástrofe eran 2.403 muertos y 1.178 heridos. Cuatro acorazados, y el viejo *Utah* eran hundidos; otros cuatro eran gravemente dañados, y otros dos sufrían daños que pudieron ser reparados por los astilleros locales; tres cruceros, tres destructores y tres buques auxiliares eran también hundidos. La Marina perdía además 13 cazas, 21 bombarderos, 46 aviones de reconocimiento y cuatro bombarderos en picado procedentes del portaaviones *Enterprise*: tres derribados por los cazas japoneses y otro que lo era por el fuego antiaéreo propio. El ejército, por su parte, perdía 18 bombarderos y 59 cazas.

Responsabilidades

El almirante Kimmel, jefe de la Flota del Pacífico, y el general Short, jefe de las Fuerzas del Ejército, eran cesados en sus cargos. Sucesivas comisiones investigaban sobre quiénes recaía la responsabilidad de los graves hechos ocurridos. La Comisión Roberts (18 de diciembre de 1941-23 de enero de 1942) censuraba duramente a Kimmel y a Short por no haber tomado las medidas apropiadas a la vista de las alertas que habían recibido. La Junta del Ejército (20 de julio de 1944-20 de octubre de 1944) criticó al general Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército, y al general Gerow, jefe de la división de Planes de Guerra, por no haber tomado las medidas oportunas; y al general Short por no haber sabido cumplir debidamente con sus obligaciones. La Comisión Naval de Investigación (24 de julio de 1944-19 de octubre de 1944), constituida por prestigiosos almirantes retirados, exoneró a Kimmel de los cargos que se le imputaban y censuró la actuación del almirante Stark, jefe de Operaciones Navales. La Investigación Hewitt (14 de mayo de 1945-11 de julio de 1945), ordenada por el secretario de Marina para profundizar en los resultados de la anterior comisión naval, no publicaba ningún informe, pero el secretario de Marina manifestaba, el 29 de agosto de 1945, que «el almirante Kimmel y el almirante Stark, particularmente durante el periodo del 27 de noviembre al 7 de diciembre de 1941, habían demostrado no tener el juicio necesario para ejercer el mando de acuerdo con su superior graduación y responsabilidad».

El Comité Conjunto del Congreso (15 de noviembre de 1945-31 de mayo de 1946), compuesto por seis demócratas y cuatro republicanos, concluía en un voluminoso informe que: el ataque japonés no había sido provocado; la política norteamericana no había sido la causa del ataque; no existían pruebas de que el presidente Roosevelt hubiese permitido el ataque para facilitar la declaración de guerra por parte del Congreso; Roosevelt había hecho todo lo posible para evitar la guerra con Japón; se culpaba a los comandantes en jefe de Hawaii de no haber tomado las medidas oportunas de acuerdo con las informaciones de inteligencia recibidas —errores de juicio, no de negligencia en el cumplimiento del deber—, y se culpaba a los servicios de inteligencia del Ejército y Marina de no haber proporcionado a esos comandantes la suficiente información sobre la inminencia de la guerra. Por último, dos miembros del comité criticarían a Roosevelt «por no haber reaccionado de forma inmediata a la vista de las informaciones recibidas el sábado noche del 6 de diciembre y en la mañana del domingo día 7», así como a los secretarios de Guerra y Marina —Stimson y Knox— y a los jefes de Estados Mayores del Ejército y Marina —general Marshall y almirante Stark— por sus fallos en el cumplimiento de sus responsabilidades.

Rendición del Japón

El 2 de septiembre de 1945, en la cubierta del acorazado *Missouri*, fondeado en la bahía de Tokio, tenía lugar la solemne ceremonia de la rendición de Japón. A las 0900 horas un destructor norteamericano atracaba al costado del *Missouri*, llevando a bordo a la delegación japonesa, presidida por el ministro de Asuntos Exteriores y el general Umezú, jefe del Estado Mayor Imperial. Entre los asistentes a este acto se encontraba el almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe del Pacífico, al que, entre otros miembros de su Estado Mayor, acompañaba el capitán de navío Edwin T. Layton, jefe de sus Servicios de Inteligencia, cargo que venía desempeñando desde antes del comienzo de la guerra cuando se hallaba a las órdenes directas del almirante Kimmel.

En la tarde de este día, cuando Layton —alojado en el acorazado *South Dakota*, buque insignia del almirante Nimitz— se hallaba en la cámara pasando apaciblemente el rato con algunos compañeros, hacía su entrada el almirante Richmond K. Turner, otro de los invitados de Nimitz. La guerra había convertido al «terrible» Turner en un héroe. Como jefe de las fuerzas anfíbias de Nimitz había sido el responsable de las operaciones de desembarco realizadas desde Guadalcanal hasta Iwo Jima. Turner —cuenta Layton—, arrogante y de carácter violento, manifestaba en voz alta que acaparaba la atención de todos los presentes: «El Departamento de Marina acaba de hacer público un informe con el resultado de la comisión de investigación sobre Pearl Harbor. Acusa a Kimmel de haber recibido toda la información necesaria para evitar la catástrofe, y no haber tomado ninguna medida. Deberían colgarlo más alto que una cometa».

Layton, sentado en su butaca, no daba crédito a lo que estaba oyendo. Lo que proclamaba Turner no era cierto. Peor todavía, suponía una calumnia contra su anterior comandante en jefe. La maliciosa denuncia de Turner —escribe Layton— no era la primera que había circulado. Se trataba de un hecho que se venía repitiendo periódicamente entre los más altos cargos de la Armada y que estaba siendo motivo de importante división entre ellos. La controversia de sobre quiénes recaía la culpa de los



Almirante Chester W. Nimitz.

acontecimientos que llevaron al desastre de Pearl Harbor iba a durar toda una generación. Para Layton, las causas profundas de esta división había que buscarlas en la lucha secular entablada para ver quién debía controlar los servicios de inteligencia militar. Entre la primavera de 1941 y el comienzo del verano de 1942 —y prácticamente a lo largo de toda la guerra— los recelos y enemistades entre los servicios de inteligencia y los de comunicaciones del Departamento de Marina habían contribuido, en gran manera, no sólo a la sorpresa del ataque japonés, sino que estuvieron a punto de malograr la decisiva victoria de Midway. Para Layton, Kimmel había sido la cabeza de turco elegida para ocultar las negligencias en las que incurrió el Departamento de Marina, de las que en gran medida fue responsable el almirante Turner.

Éste, en la cámara, continuaba repitiendo machaconamente que «Kimmel había recibido toda la información y que no había tomado ninguna medida para evitar la tragedia. Había que colgarlo más alto que una cometa». «Indignado —escribe Layton— me levanté y le dije: Almirante, lo siento, pero Kimmel no recibió esa información. Usted dice que le fue enviada, pero yo sé que no fue así, y yo estaba allí (*and I was there*)».

Entre el almirante Turner y el capitán de navío Layton se creaba una dramática y embarazosa situación que el comandante del *South Dakota* sabía resolver con decisión.

And I was there es el título del libro que en 1985 —una vez hechos públicos, en 1980, gran parte de los documentos clasificados de la inteligencia naval, y contando con el decidido apoyo del almirante Arleigh Burke— salía a la luz en los Estados Unidos, escrito por el entonces contralmirante Layton, con la cooperación del capitán de navío Roger Pineau y el periodista John Costello.

Explican estos autores que son muchos los errores e inexactitudes existentes en la abundante bibliografía publicada sobre Pearl Harbor: entre ellos, los que aparecen en la obra del profesor Gordon W. Prange (1981) titulada *At dawn we slept (Al amanecer nosotros dormíamos)*. La acusación que en él se hace al almirante Kimmel de que no haber tenido en cuenta las recomendaciones de su jefe de inteligencia para establecer una patrulla de vigilancia aérea sobre ciertos sectores era lo que decidía a Layton a escribir su libro. Por esto y porque era preciso aclarar que la causa fundamental del desastre de Pearl Harbor había sido el fracaso de Washington al evaluar y diseminar debidamente las informaciones obtenidas por los servicios de inteligencia.

And I was there

Para el almirante Arleigh Burke, antiguo jefe de Operaciones Navales, «el libro de Eddie Layton podría ser uno de los más importantes de los escritos sobre la Segunda Guerra Mundial». Para el profesor e historiador Warren F.

Kimball, «Layton parece contestar a todas las preguntas sobre Pearl Harbor que todavía no habían sido contestadas hasta entonces».

Realmente la lectura del libro de Layton resulta fascinante, e increíbles los hechos que en él se relatan. Pero ésa es la condición humana... Sus enseñanzas pueden ser muy beneficiosas. El libro, me atrevería a decir, debería ser de recomendada lectura. Aunque «el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra», el conocimiento de los errores de los que nos precedieron en la profesión de las armas —a pesar de sus innegables y brillantes virtudes— es un buen medio para tratar de evitarlos.

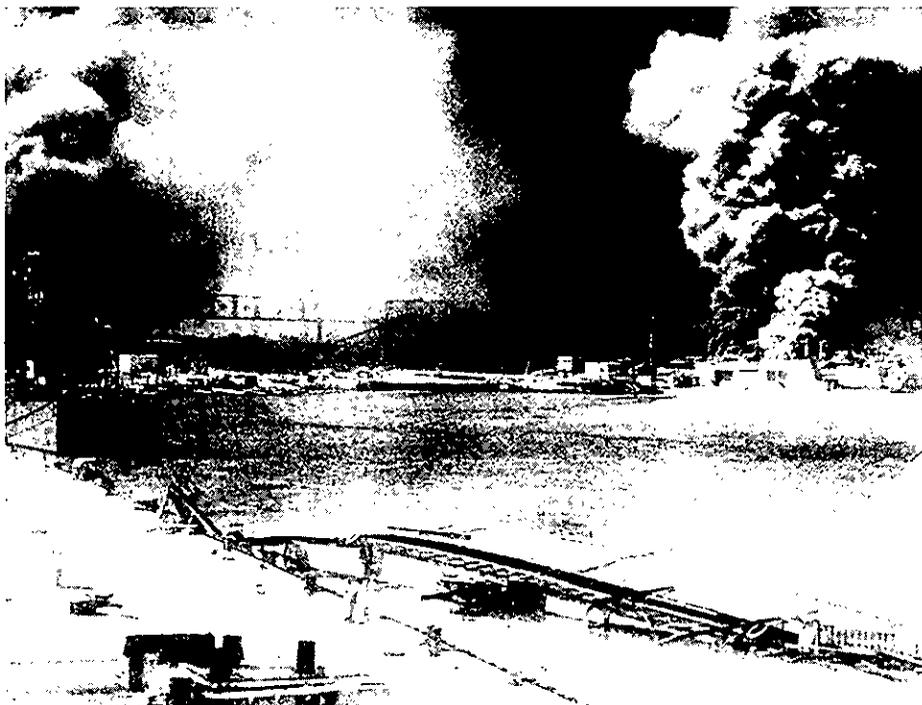
Aunque no resulta fácil reducir a unas cuantas páginas un libro de casi seiscientas, damos a continuación una apretada síntesis de su contenido, con todos sus inconvenientes.

Protagonistas

Recién salido de la Escuela Naval en 1924, Edwin T. Layton permaneció embarcado durante cinco años. En 1929 fue destinado a Japón para estudiar el idioma. En 1933 regresaba a los Estados Unidos para embarcar durante tres años en el acorazado *Pennsylvania*. Destinado a Washington en 1936 a la Oficina de Inteligencia Naval, se hacía cargo de la sección de traducción OP-20-GZ. En 1937 regresaba a Tokio como ayudante del agregado naval, y en 1939 se le concedía el mando de un dragaminas. El 7 de noviembre de 1940 el ahora capitán de corbeta Layton era destinado al Estado Mayor de la Flota del Pacífico como jefe de los Servicios de Inteligencia, cargo en el que permanecería hasta el final de la guerra.

Durante su permanencia en Japón, en 1933, cayó en sus manos un libro de un conocido escritor naval, titulado *When we fight* (*Cuando luchemos*), en el que se describía el ataque y destrucción por sorpresa de la base naval de Pearl Harbor, que le causó un gran impacto y que dio a conocer a sus superiores. Resulta imposible asegurar si este libro fue el inspirador del ataque sufrido años después, pero lo cierto es que, ya en 1936, la Escuela de Guerra Naval japonesa estudiaba la posibilidad de realizarlo.

El prestigioso contralmirante Kimmel, jefe de la flota de cruceros, era ascendido a almirante y nombrado comandante en jefe de la Flota del Pacífico por elección directa del presidente Roosevelt. El 1 de febrero de 1941 tomaba posesión de su cargo. Layton procedió a informarle inmediatamente de la última información obtenida por el descifrado de mensajes radio captados en Hawai relativos a los preparativos militares que los japoneses estaban llevando a cabo en el grupo de las islas Marshall y Palao, burlando el mandato que se les había concedido. Islas que, esparcidas por todo el Pacífico occidental, constituían magníficos puntos de apoyo para lanzar una ofensiva contra las líneas de comunicación con Filipinas y, desde las Marshall, situadas a poco



Ataque japonés a Pearl Harbor.

más de dos mil millas al sudoeste de la isla de Oahu, para atacar las mismas Hawaii.

El 30 de agosto de 1939 se le concedía al almirante Yamamoto el mando de la Flota Combinada japonesa. Buen conocedor de los Estados Unidos, sabía que la guerra contra este país, aunque se estaba haciendo inevitable, entrañaba muy serios peligros. La única forma de comenzarla con ventaja, pensaba, era la de descargar un golpe mortal a la flota americana para dejarla inoperativa durante al menos seis meses, lo que les permitiría hacerse con los recursos naturales del sudeste asiático y del Pacífico sudoccidental. El reciente estacionamiento de la Flota del Pacífico en Pearl Harbor ofrecía una gran oportunidad para lograr este objetivo.

En enero de 1941 Yamamoto sometía su plan al ministro de Marina, y lo daba a conocer al almirante Nagumo, a cuyas órdenes se había puesto la recién creada Primera Flota Aérea. En el Estado Mayor de éste se hallaba destinado el capitán de corbeta Genda, experto piloto y buen conocedor de las técnicas empleadas por los aviones torpederos ingleses contra la flota italiana fondeada de Tarento.

El almirante Stark, jefe de Operaciones Navales (CNO), informaba a Kimmel en febrero de que los analistas de Washington habían llegado a la conclusión de que las redes antitorpedo no eran necesarias en Pearl Harbor por la poca profundidad de sus aguas. Había que dar más importancia a los ataques submarinos y a los campos de minas que a un ataque aéreo.

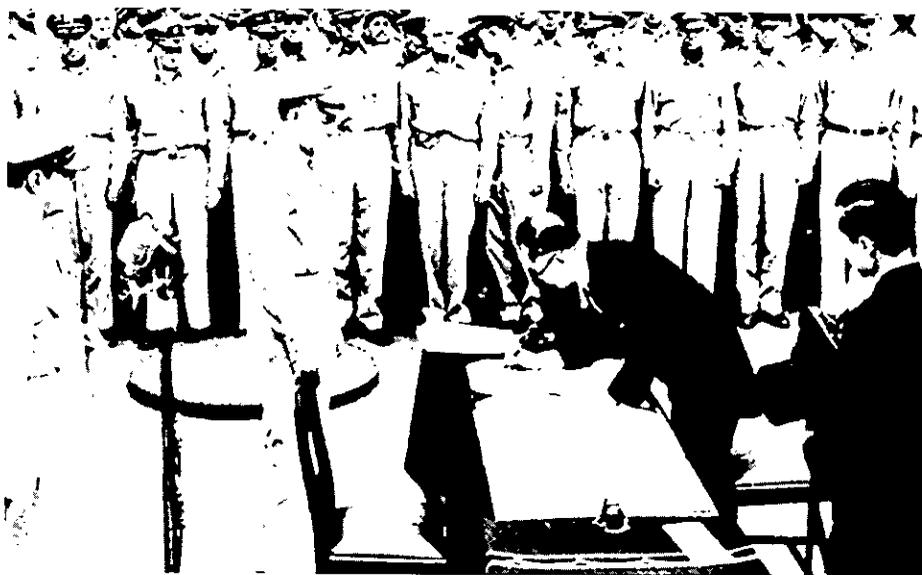
El 31 de marzo de 1941 el almirante Bellinger —jefe de la Fuerza Aérea Naval de Hawai— y el general Martín —jefe de la Fuerza Aérea del Ejército— informaban de que «la forma más probable y peligrosa de ataque contra Oahu sería el aéreo lanzado desde uno o varios portaaviones, que se aproximarían a la isla dentro de las trescientas millas». El CNO, por su parte, les recordaba que las potencias del eje preferían lanzar sus ataques los sábados, domingos, y en las fiestas nacionales.

Ante esta posibilidad, Bellinger y Martín recomendaban la conveniencia de establecer, diariamente, patrullas aéreas de largo alcance en todas las direcciones. Sin embargo, la falta de aviones y de personal impedía el establecimiento de esta medida. Las peticiones de Kimmel y Short a Washington no eran escuchadas. ¿A qué se debía esta negativa? Según Layton a dos razones fundamentales: Washington miraba en la dirección equivocada, hacia Europa, y no evaluaba correctamente la situación en el Pacífico; y por el fracaso de los servicios de inteligencia en Washington durante los críticos meses de 1941 cuando Japón y los Estados Unidos marchaban hacia una guerra difícil de evitar.

Los servicios de inteligencia Magic

Tras muchos años de esfuerzos, los servicios de inteligencia del Ejército habían logrado descifrar los comunicados diplomáticos japoneses de alto nivel. Sus resultados eran tan «mágicos» que al servicio se le dio el nombre de Magic. Sus informes resultaban tan vitales que, a comienzos de 1941, se le rodeó de una aureola de secretismo tan exagerado que su valor como «inteligencia» comenzó a erosionarse. Aparte del presidente y de sus secretarios de Estado, Guerra y Marina, sólo tenían acceso a este servicio los jefes de operaciones de los departamentos de Guerra y Marina. En Washington, los oficiales superiores comenzaron a utilizar el servicio Magic como medio para aumentar su autoridad, aun a costa de la correcta diseminación de la información obtenida, en unos momentos en los que la crisis con el Japón empeoraba. La decisión de Washington de que la inteligencia diplomática no era de la incumbencia de los mandos militares de Hawai tendría, ocho meses más tarde, fatales consecuencias.

Según Layton, el nombramiento del contralmirante Turner —ascendido por selección en diciembre de 1940— como director de la División de Planes de Guerra iba a resultar catastrófica para Pearl Harbor. Considerado como el



A bordo del *Missouri*, fondeado en la bahía de Tokio, el general McArthur (a la izquierda) recibe la rendición incondicional de Japón el 2 de septiembre de 1945.

Patton de la Armada por su carácter ambicioso, dominante, agresivo y brillante, el CNO depositaba en él toda su confianza. Aunque falto de experiencia en los trabajos de inteligencia, su enorme y excesiva confianza en sí mismo hacía que sus puntos de vista fuesen aceptados por sus superiores, tomando decisiones arbitrarias sobre a quiénes se debía enviar una determinada información.

Asimismo, las concepciones estratégicas entre los almirante Stark y Turner, por un lado, y el almirante Kimmel, por el otro, diferían en gran manera. Para los primeros, la amenaza submarina alemana en el Atlántico era muy superior a la que representaba la flota japonesa. Para Kimmel, sin embargo, ésta podría lanzar contra Oahu, desde las islas Marshall, un ataque demolidor. Una idea que le venía obsesionando, aun sin adivinar que, desde el pasado mes de febrero, el almirante Yamamoto había dado ya comienzo al planeamiento de una operación aeronaval, cuyo éxito dependía de la hábil aplicación de la inteligencia obtenida, que le estaba siendo suministrada directamente por el consulado japonés en Honolulu.

Toma de decisiones

A fines de junio de 1941 el gobierno japonés decidía sobre las dos opciones estratégicas con las que se enfrentaba: la del Ejército, que abogaba por

atacar a los soviéticos en Siberia para firmar a continuación un acuerdo de paz con China, que era rechazada; y la de la Marina, que defendía la expansión hacia el sur para apropiarse del petróleo y de los recursos de las Indias orientales holandesas. Esta decisión —informaba el CNO a Kimmel— suponía el estallido de la guerra con los Estados Unidos en un próximo futuro. El enfrentamiento, estimaba, tendría lugar en Malaya y las Indias orientales.

El 9 de agosto de 1941 se reunían a bordo del crucero pesado *Augusta* —fondeado ante el pueblo de Argentia, al sur de Terranova— el presidente Roosevelt y el primer ministro británico Winston Churchill, que llegaba a bordo del moderno acorazado *Prince of Wales*. Entre los asesores militares asistentes se encontraban los almirantes Stark y Turner. La delegación británica recibía con agrado la noticia de que la política de los Estados Unidos había experimentado un gran cambio. Como medio de disuasión contra Japón, éstos habían decidido establecer una poderosa fuerza militar y naval en Extremo Oriente. Sin embargo, este reforzamiento —advertía el general Marshall— no podría hacerse sino a costa de reducir los envíos de baterías antiaéreas y de bombarderos pesados a Inglaterra. A partir de ahora habría que enviárselos al general MacArthur. Lo acordado entre Roosevelt y Churchill no era conocido, pero nadie dudó de que ante un ataque japonés en Extremo Oriente los Estados Unidos entrarían en guerra.

Para Layton, el CNO cometía un grave error al no informar a Kimmel de las verdaderas implicaciones de la nueva estrategia angloamericana contra Japón. Esto, unido a que durante los meses de agosto a noviembre no se le había enviado ninguna información del servicio Magic, le impedía tomar las medidas de defensa adecuadas. Una cosa era mantener la flota adiestrada, y otra ponerla en pie de guerra. Para esto último tenía que contar con Washington. Los que culpan al presidente de haber metido a los Estados Unidos en la guerra por la «puerta trasera» aseguran que fue por orden expresa de la Casa Blanca el negarle a Kimmel la vital información de inteligencia Magic. Para Layton esto no fue así, al no existir ninguna directiva presidencial que ordenase esa medida. La razón, afirma, hay que buscarla en el auténtico temor de que los secretos de Washington llegasen a ser conocidos por los japoneses. Pero aun así, no le resulta comprensible que Turner, junto con su comité de expertos, no considerase imprescindible que Kimmel supiese que era precisamente el consulado japonés en Honolulu la principal fuente de información sobre los movimientos de la flota. «Nos faltaba —se queja indignado Layton— información de vital importancia. Sin ella nuestras valoraciones no eran correctas». No era de extrañar, por tanto, que Kimmel llegara a la conclusión de que Filipinas se hallaba por delante de las Hawai en las prioridades estratégicas de Washington: la isla de Oahu se había convertido en un escalón en el que apoyarse para enviar los bombarderos *B-17* para reforzar al general MacArthur.